

PRÓLOGO

El vastísimo campo de las burlas universitarias andaba necesitado de libros como éste, que, a la par de ofrecer un estudio analítico sobre las mismas, incluyesen el necesario complemento de los textos que lo ilustran y enriquecen. El vejamen de grado tiene escasos años de vida crítica, y aunque no falten trabajos en los que éstos se han situado en la serie genérica a la que pertenecen, ofreciendo ejemplos de variada procedencia, lo cierto es que éste es el corpus más extenso publicado hasta la fecha sobre unas piezas festivas que llenaron de risas paraninfos y paseos. Su autor, Abraham Madroñal, es bien conocido en estas lides al haber editado ya diversos trabajos sobre el tema en los que ha dado a conocer vejámenes inéditos, junto a estudios como el dedicado a *Baltasar Elisio de Medinilla y la poesía toledana de principios del siglo XVII* (Madrid, Iberoamericana 1999) o su reciente introducción y anotación a la *Jocoseria* de Luis Quiñones de Benavente (Universidad de Navarra–Iberoamericana, Vervuert, 2001).

El estudio preliminar de Madroñal nos presenta, una ponderada definición del vejamen de grado en relación con otros géneros afines, que es, a la vez, un estado de la cuestión o puesta al día sobre el tema, lleno de numerosas observaciones no exentas de novedad. Más allá de las cuestiones de crítica literaria, el vejamen se ubica en el ámbito escolar que le dio vida, teniendo en cuenta la amplia gama de textos y autores que componen el ramillete editado. El careo con el vejamen de justa y academia, entre otros, sitúa en sus coordenadas una tipología que viene caracterizada puntualmente en el espacio y en el tiempo, atendiendo a sus distintos niveles de significación y transmisión posterior. Cada uno de los vejámenes va precedido de una breve introducción que acusa su singularidad, aportando nuevos datos que completan su lectura. De este modo, un género casi virgen hasta hace pocos años, que se ha ido abriendo paso en ediciones dispersas y escasas, se ve así enriquecido con esta floresta que agavilla vejámenes universitarios de procedencia diversa ampliando la labor de otros estudiosos que han ido aportando ejemplos y lecturas propias sobre el tema.

Dado el inmenso arsenal que los gallos o vejámenes universitarios supusieron, correlativo al de los centenares y hasta miles de grados académicos que los generaron a través de los siglos, tanto en España como en América,

el lector puede llegar a pensar, a primera vista, que lo aquí ofrecido puede resultar escaso. Todo lo contrario, el libro supone un esfuerzo notable, no sólo por la dificultad que comportan algunos hallazgos, sino porque, como es bien sabido, nos las habemos con un género efímero que, salvo raras excepciones, apenas contaba más allá del momento puntual para el que fuera escrito. Y aunque existan algunas colectáneas impresas, como las de los gallos granadinos de los siglos XVII y XVIII conservados en la Biblioteca Nacional, en los que recalé hace algún tiempo, lo cierto es que el número de vejámenes desaparecidos es legión y compleja su búsqueda, pues pocos fueron, en principio, pensados para pasar a la imprenta, la mayoría ha desaparecido y otros andan perdidos en manuscritos no siempre fáciles de localizar.

Debemos, por tanto, felicitarnos ante la edición de un ramillete en el que aparecen representadas distintas universidades, desde la de Valladolid y Salamanca a las de Alcalá, Granada, Toledo y Sevilla, sin olvidar los vejámenes provenientes de la Universidades de Lima o Méjico, que amplían el panorama hacia la otra orilla, donde se repitieron con igual frecuencia. La misma diversidad de los ejemplos ensancha también la visión que se da sobre ellos, ya que, aunque no son pocos los hilos comunes que los bordean, distintos son también los visajes y colores que los componen en cada uno de los casos. A ello hay que añadir las versiones a lo divino y de otro sesgo que se añaden como apéndice, así como un curioso texto teórico de Bartolomé Jiménez Patón sobre el género o subgénero de marras, auténtica perla teórica a la hora de valorar unos ejemplos que, como tantos otros nacidos al margen de la *Poética* de Aristóteles, anduvieron exentos de reglas marcadas por la preceptiva y crecieron a impulsos del arte que se deducía del uso.

El arco temporal de las piezas aquí editadas arranca de mediados del XVI y llega hasta mediados del XVII, ofreciendo todo un siglo de burlas festivas que se extiende también a algunas piezas de principios del XVIII y aún de sus finales, como ese gallo de 1794, obra del Licenciado don Martín, que revela el mimetismo de un género repetido hasta el cansancio y que sólo alcanzó verdaderos destellos de calidad literaria en contadas ocasiones. Ésas en las que, como en el gallo de Góngora, la burla repetida se torna en auténtica invención conceptual y elocutiva, merecedora de perdurar independientemente de la ocasión para la que fuera escrito.

El presente libro, como otros estudios que en los últimos años han ofrecido nueva luz sobre los vejámenes de justas y academias, nos muestra el auge de una investigación que se ha ido enriqueciendo en la última década. Justo es decir que los estudios sobre el vejamen de academia, felizmente renovados, en su momento por Soledad Carrasco Urgoiti, y recientemente actualizados por Giovanni Cara, en el último trabajo aparecido sobre el

tema, han recorrido un camino paralelo que complementa e ilumina el de los vejámenes de grado, aunque también quede mucho por hacer en esa parcela. El interés creciente por la literatura burlesca y satírica en sus más variados géneros, particularmente el que se nutre del folklore, en sus derivaciones más diversas, y el de los entremeses, fecundados por figuras de la talla de Eugenio Asensio y Maxime Chevalier, ha abierto también nuevas perspectivas al estudio de estas piezas sin las que difícilmente se puede completar el panorama literario y aún social del Siglo de Oro. El vejamen invadió todas las esferas de la literatura y de la vida, incluidos los de la predicación, el cuento o la novela cortesana, mostrando una riqueza y vitalidad que también tuvo sus realces en el teatro, por no hablar del *Quijote* cervantino y de las fiestas públicas, religiosas y cortesanas en su vertiente más risible.

El vejamen de grado, como ilustra ese *Actus gallicus* contenido en las páginas que siguen, nos ofrece la otra cara alegre y jocosa de aquel Jano sublime que traslucen las prosas del Brocense o los versos de un Fray Luis de León en las aulas salmantinas. Su lectura, como ocurre con las jácaras y entremeses insertos entre las jornadas teatrales que daban vida a comedias de temas más o menos elevados, son un contrapunto lúdico que desmitifica y contrahace asuntos, conceptos, personajes y visiones del mundo, ofreciendo una nueva perspectiva sobre la literatura y sobre la época en que surgieron.

Sus huellas en la historia literaria no deben ser desestimadas. Y si es cierto que la investigación avanza por los márgenes, el análisis de los gallos áulicos y de los vejámenes de justa y academia proveerá, sin duda, de instrumentos utilísimos al lector de las obras de Quevedo, Góngora o Torres Villarroel, entre tantos otros que se alimentaron de la risa escolar o académica, enriqueciéndola, a su vez, al convertirse ellos mismos en modelos imitables en las aulas españolas o americanas donde se daba vejamen al doctor de turno. Pues no hay que olvidar que la influencia de estas piezas menores en las obras de los grandes autores corre en paralelo a la que ellos mismos ejercieron a su vez sobre aquéllas, en un viaje de ida y vuelta en el que la cultura escrita y la oral, así como la culta y la popular, se cruzan componiendo un rico entrelazado de influencias mutuas.

De todos los vejámenes, tal vez sean los de justa literaria los más necesitados de consideración y estudio, aunque sean los más fáciles de localizar y leer, habida cuenta de la cantidad que comportan los que se hallan impresos. Éstos, como los gallos propiamente dichos o los vejámenes nacidos de las academias particulares, ayudan además a tener otra perspectiva de los momentos más solemnes, al poner en la picota de la risa a sus hombres más ilustres. El monte de las musas siempre tuvo esas dos laderas, como supo muy bien Caporali, al que leyó Cervantes, cuando subió el Parnaso a lomos de una mula.

A partir de los materiales existentes, creo que se puede sostener que el gallo y el vejamen, en general, se alimentan más de la burla festiva que de la sátira propiamente dicha, correspondiendo casi todos ellos al impulso de una risa controlada y reglada, diríamos vacacional, que no alteraba, ni lo pretendía, el orden establecido, ya fuese social o académico. Todos ellos conforman un arsenal de datos para la historia de la risa, mostrando la evolución de los gustos y costumbres que ella comporta.

Por otra parte, estas piezas deben estudiarse desde una perspectiva distinta a la que exige el texto escrito para ser leído en soledad y silencio, pues son formas parateatrales que no se entienden sin el ejercicio de la *actio* y de las coordinadas escénicas que implican tanto al vejador como al vejado, delante de un público que era arte y parte del evento. Los gallos han de entenderse también como testimonio o prueba aproximada de una cultura verbal, pareja a la que requerían otras formas, como la del arte de motejar y dar matraca, que tanto influirían en ellos. De este modo, los textos son apenas un testimonio, una partitura, apenas un guión o un resumen en ocasiones, de lo que fue un acto que sólo cabe entender en el *hic et nunc* de su representación pública. En ellos se nos ofrece la cruz de una moneda que tenía su cara más solemne no sólo en las prolusiones e introducciones propias de los actos inaugurales, sino en los mismos grados, que además de los vejámenes, llevaban la exaltación del graduando. Y otro tanto ocurría en las academias y justas, donde la sal y hasta la hiel vertida en las burlas se paliaba con la prosa y el verso de alabanza que acompañaban buena parte de los panegíricos académicos o las laudatorias de certamen. De ahí que el lector, al ver los vejámenes desgajados del acto en el que surgieron, deba tener siempre *in mente* la otra faz panegírica que llevaban en todas las ocasiones. Con ellos ocurre como con los mencionados entremeses, respecto a las comedias o tragicomedias en las que se insertaban, que al separar la imprenta los unos de las otras, en ramilletes y florestas, o incluso en ediciones sueltas, pierden en el camino el lazo que los unía en la representación de origen.

A la dignidad de las Humanidades, exaltadas desde el Renacimiento por numerosos discursos y prolusiones inaugurales en todas las Universidades, se oponían las miserias que estos gallos traducen, abriendo así una ventana distinta por la que entraron aires risibles y festivos traídos de la calle. A través de ellos, todas las partes del cuerpo universitario quedaban, por un momento, al desnudo, para regocijo de un público, al que, sin embargo, también se le ofrecía, como decimos, la pompa y revestimiento del panegírico laudatorio más exagerado, compensándose así los efectos contrarios.

El rico material folklórico de la burla festiva se unió a la tradición clásica de la *satura* en una fecunda fusión que emparejó alegorías oníricas y viajes simbólicos con figuras risibles, comunes a los géneros más diversos,

junto a todo tipo de manifestaciones verbales que van de la facecia y el chiste al cuento y al refrán, tanto en prosa como en verso. La escuela y el carnaval se daban, una vez más, la mano gracias a aquellos efectos mágicos que Vladimir Propp concediera a la risa en su capacidad para crear vida a partir de las lacras y desigualdades físicas y morales de la sociedad y de los individuos.

Los gallos universitarios mostraron además el lado alegre de los llamados géneros menores, convirtiéndolos a veces en parodia burlesca. De ahí el interés que estas piezas ofrecen en relación con aquellos, así como respecto a cuanto supone en la actualidad el debate de determinadas categorías literarias. Me refiero en concreto al concepto de sátira, burla o parodia, que, ya sea en la orientación moral o en la genérica, constituyen un amplio fenómeno actual de discusión literaria. Los diversos trabajos de Lía Schwartz sobre la sátira han aportado al respecto abundantes argumentos en torno a un debate internacional e interdisciplinar en el que estas piezas cobran un nuevo interés, más allá de los presupuestos de Mijail Bajtin, que tantos frutos dieron, por otra parte, en la lectura e interpretación de los géneros menores al vincularlos al carnaval.

Las universidades españolas e hispanoamericanas crecieron bajo el mismo patrón estatutario que las europeas y, en este sentido, cabe decir que el modelo parisino no sólo no distaba del cuadro trazado por la salmanticense, sino que sirvió a su vez para moldear los trazos que perfilaron un protocolo seguido posteriormente al pie de la letra por el resto de los centros universitarios de España y de Europa. De ahí la necesidad de que futuros trabajos acometan la tarea de instalar los gallos españoles en el marco europeo a partir del estudio de los modelos originados por los Estatutos de la Universidad de París, que sirvieron de molde para todas las demás hasta en los pormenores festivos, aunque, todo hay que decirlo, son escasos también los trabajos que ofrece a este respecto la Literatura Comparada. La dificultad es también grande a la hora de dar prioridad cronológica al vejamen universitario o al de academia. En principio, y por los datos conocidos, es la Universidad la que, en el caso de España se anticipa con sus vejámenes a las academias, de creación mucho más tardía, y lo mismo a los de justa literaria. Los vejámenes académicos españoles siguen, como es bien sabido, una pauta italiana al igual que ocurre en las academias extendidas por la mayor parte de Europa, lo que los sitúa siempre en el furgón de cola temporal de cuanto se refiere a las academias propiamente dichas. El caso de los gallos es bien distinto, porque los aires proceden de Francia, y más concretamente, de las aulas parisinas, aunque luego el grado de contaminación entre un subgénero y otro fuese altísimo, entre otras cosas, porque los académicos de turno se reirían en sus cenáculos pasados ya los años en que frecuentaron

de jóvenes las aulas universitarias donde aprendieron las gracias propias de los gallos y otras piezas afines. Las prioridades de la historia literaria se confunden, en este caso, con las personales, dando primacía al vejamen de grado.

Cuestión aparte es que, a finales del XVI y en todo el XVII la invasión de las academias en los rincones más apartados de España proveyera de modelos a los autores de gallos, y viceversa, en una mutua influencia y trasvase que habrá que ir perfilando con el tiempo, a la vista de estudios comparativos que permitan establecer una cronología precisa. Sin entrar en el meollo de la cuestión, bien vale aconsejar que, en éste como en otros casos, conviene, según decimos, llenar el vacío de algunas páginas de Literatura Comparada que, por otro lado, no andan tampoco bien surtidas en el panorama de los vejámenes académicos y universitarios de otros países, por no hablar de los de justa literaria.

Tampoco hay que olvidar las prácticas de la risa cortesana que deben ser tenidas muy en cuenta, sobre todo a partir de la época del Emperador, tan rica en manifestaciones festivas de una cultura verbal en la que existían diferentes modos de vejar. En este sentido, conviene recordar las páginas ya clásicas que Margherita Morreale dedicara a *Castiglione y Boscán: el ideal cortesano en el Renacimiento español* (Madrid, Real Academia Española, 1959), donde analizó con detalle la traslación al castellano de los 41 capítulos dedicados en *El Cortesano* a la risa. Las huellas de la retórica quintilianista y de otros tratados renacentistas sobre los que volveremos luego, como el *De sermone* de Pontano, se unieron a las del *De Oratore* II de Cicerón, donde aparecían hermanadas la ética con la retórica. Esa pauta cristalizó en una refinada *mediocrità* que afectó sensiblemente a todas las variantes de lo risible en el Renacimiento. Pero las refinadas gracias y donaires, al identificarse con las burlas, derivaron posteriormente en una degradación del concepto de cortesano *arguto* que, a partir de Luis Milán y otros herederos de Castiglione, se convirtió en *palabrero*. El «om faceto» se transformó en un gracioso sin respeto por las reglas del decoro. De este modo, se perdió la profundidad ética y estética que la gracia acarreaba ganando la partida su más ancho y español sentido de chiste, broma, chanza, chufleta, chilindrina o guasa, en una evolución que no sólo fue semántica, sino social, pues afectó a la vulgarización de unas prácticas refinadas.

Las burlas del vejamen de grado o gallo son, entre otras cosas, un arsenal paremiológico digno de consideración y estudio. De ahí la necesidad de libros como éste a partir de los cuales se pueda rastrear el uso de proverbios, refranes, apotegmas, adagios, avisos y sentencias, al lado de cuentos, fábulas, preguntas y otros géneros comunes al cartapacio escolar desarrollados en unas aulas en las que dominaba la práctica de los *progymnasmata* tanto en latín

como en castellano. Encomio y vituperio andaban de la mano en los *praexercitamenta* con los que se entrenaban los escolares de toda Europa. Basta echar una ojeada a la retórica de Teón o a la de Aftonio para ver cómo, tras los lugares que el encomio concedía al linaje, cualidades corporales y anímicas, éxitos y acciones elevadas, además del catálogo de virtudes excelsas, y dignas de ser comparadas con los modelos más ilustres, lleva al lado las formas de vituperio, basadas en los mismos principios de argumentación.

La reciente edición, por Antonio Serrano Cueto, de los *Adagios y fábulas* (Madrid–Alcañiz, Palmyrenus, 2002), de Fernando de Arce, nos avisa además de la importancia de la *festivitas* como parte de la conjunción *docere–delectare* inherente a los ejercicios escolares que ya condensaran los versos prologales de *Fedro*:

*duplex libelli dos est: quod risum movet
et quod prudenti vitam consilio monet.*

Y cabe recordar, a este propósito, que el uso del latín o la convivencia de éste junto al castellano en los gallos más tempranos sería sustituida por la irresistible ascensión del castellano, en éste como en otros géneros. Los vejámenes son también una poliantea de que lugares comunes que ilustran sobre el fondo cultural de la época mucho más si cabe que las obras mayores de autores relevantes, al menos por lo que atañe al mundo universitario, además de un rico fondo documental para precisar el léxico de la burla ensanchando el campo de las interpretaciones que en su tiempo hiciera Monique Joly.

En cualquier caso, ésta u otras florestas que puedan ir recogiendo sobre tan amplio género, deberán leerse desde la perspectiva de un *homo ridens* (o del *poeta ludens*, que diría Blanca Perinián), que cambió radicalmente en el Renacimiento, época fructífera en tratados teóricos que rescataron los dictados que Cicerón compusiera al respecto. Baste una lectura detenida del clásico estudio de Bernard Weinberg, *A History of Literary Criticism in the Italian Renaissance* (University Press of Chicago, 1963), para darnos cuenta del alcance que los efectos que la risa supusieron en los más variados niveles de la poética y de la retórica. A su vez, los *Terencios con comentario*, que tanto proliferaron en las aulas hispanas, proveen también de numerosos datos sobre un asunto fundamental para la teoría y la práctica de la comedia, así como para todo lo referido al mundo de las burlas. El trabajo de Juan Carlos Pueo, «*Ridens et Ridiculus*». *Vicenzo Maggi y la teoría humanista de la risa* (Zaragoza, Tropelías, 2001) nos ofrece ahora la posibilidad de leer en castellano el tratado *Sobre lo risible* de Maggi, plagado de conceptos a partir de los cuales se pueden entender mejor los parámetros cómicos de unos

textos como los que aquí se editan espoleados por el afán de provocar la risa. Italia fue, en este sentido, lugar privilegiado, como muestran en particular *El Cortesano* de Baltasar de Castiglione, el *De Sermone* de Giovanni Pontano, ya mencionados, por no hablar de Robortello, Fracastoro y tantos otros. El tratado *De ridiculiis* (1550) de Vincenzo Maggi, es, como se sabe, sustancial respecto a la actualización de los principios de la retórica clásica en todo lo que tocaba a la materia y forma de lo risible. Claro que, con el correr de los años y de la modas, la elevada categorización teórica de la risa descendió por derroteros cada vez más alejados de la poética cortesana renacentista, rompiendo todas las reglas del decoro e introduciendo amplios cambios que llevaron a la vulgarización de los temas y sobre todo del lenguaje.

Dejando aparte la calidad de los textos, hay en los vejámenes elementos básicos para entender los principios filológicos y aún fisiológicos y sociológicos que regían las reglas de lo risible en el Siglo de Oro, época en la que lo feo podía ir unido a lo admirable. Los vejámenes son además una página imprescindible para la historia del conceptismo, pues sus autores pretendían asombrar con el ingenio en sus más variadas formas. La libertad elocutiva brilla en ellos por doquier, pues el mapa del chiste y de la burla suele ser pródigo en el arte de reinventar las provincias del lenguaje.

El triunfo de Demócrito –al que, por cierto, aluden los textos aquí editados– sobre su oponente Heráclito fue absoluto, en éste y otros terrenos, como ya subrayamos en otra ocasión, aunque a veces el primero tenga algo de la melancolía del segundo. Pero el vejamen carece de profundidad en la mayor parte de los casos y no es pesca de bajura. Pensado para un momento efímero, esperado y repetido, trata casi siempre de cumplir con la inmediatez de un acto ritual que, una vez acabado, apenas produce resonancia alguna.

Si, como decía la *Poética* V de Aristóteles, lo risible es un defecto, bien podemos trasladar el principio a los atributos de una universidad llena de lacras que mostró a través de los tiempos sus carencias en estos ejercicios áulicos en los que, al hacer chiste y befa de los componentes de sus claustros, retrató también los vicios del nepotismo, la maledicencia y la ignorancia que reinaran en ella. Los hábitos académicos se reflejan en los dichos y los hechos que los vejámenes presentan, con mejor o peor fortuna, al dibujar los rostros respetables de sus miembros con visajes ridículos.

Las elegancias practicadas en introducciones y prolusiones universitarias brillan generalmente por su ausencia, a la búsqueda de una risa inmediata en la que apenas se busca la brillantez estilística y no se atiende al refinamiento marcado por la urbanidad del tratadismo cortesano renacentista o las reglas de la discreción barroca. En el fondo, los vejámenes son el fruto de

una retórica viciosa, frívola y mordaz que no teme caer en la burla fácil ni en la chocarrería con tal de poner en ridículo a la persona, exagerando sus defectos físicos y morales, gracias a la palabra y a los gestos.

El vejamen de grado se nutrió, por un lado, de los juegos de palabras y del lenguaje metafórico así como de las acciones basadas en el engaño, el absurdo, el asombro, la incongruencia o el envilecimiento. La retórica aristotélica y la de Cicerón, Quintiliano o la anónima *Ad Haerennium*, proveían de todo tipo de recursos basados en una doble transgresión de *res* y *verba* posteriormente ampliada y completada en los tratados del Renacimiento y en la propia práctica literaria que, andando el tiempo, fue ganando en libertades de distinto tipo, a la busca de nuevos caminos en la invención y en la elocución festivas. La gracia y el donaire que todo ello requería, marcando toda una serie de adecuaciones regladas por el decoro cortesano, brillaron por su ausencia en la mayoría de estas piezas que tampoco cabrían en las reglas del *Tratado de la Agudeza* graciano, tan alejado de los gustos vulgares. Los vejámenes fueron fruto de prosistas y poetas de repente en la mayoría de los casos, que ejercían con cierta soltura el arte de la improvisación en los patios universitarios donde se prolongaban los estilos quintilianistas aprendidos en las aulas: *urbanus, venustus, salsus, facetus, iocus et dicax*.

La sal de los vejámenes de grado no es sólo retórica, pues fue permeable a la contaminación de asuntos y temas variadísimos, procedentes muchos de ellos del acervo popular. La influencia del *Momus* albertiano primero y la de Caporali y Boccalini después ha de ser explorada en un campo afín al de los vejámenes de academia en los que la huella de estos dos últimos fuera tan fructífera. El proceso desmitificador de las musas y del Olimpo es común a unos y a otros, enriqueciendo unos textos que cada vez se vieron más nutridos por las sales de un Quevedo o las de Cáncer y Velasco y, en particular, por las de Anastasio Pantaleón de Ribera, verdadero modelo del género burlesco en los ámbitos académicos.

La risa suele ser un descanso. Aceptemos el que se prodiga en esta colección de vejámenes llenos de vicios académicos, tal vez no muy alejados de los que habitan nuestras aulas. Como decía Erasmo de Rotterdam en el prólogo a su *Elogio de la locura*:

Es una injusticia que si se reconoce a todo estamento de la vida derecho a diversión, no se permita ningún recreo a los estudiosos, máxime si las chanzas miran a un fin serio y las bromas están compuestas de suerte que de ellas saque el lector que no sea romo del todo más provecho que de las disertaciones téticas y aparatosas.

El roterodamo, que se reía de las declamaciones enfáticas sobre la retórica y la filosofía y de los *laudes* épicos entonados en alabanza de los prín-

cipes o como exaltación de la guerra contra el turco, dudaría posiblemente de la utilidad de las fruslerías académicas que conllevaba el vejamen de grado. A éste le faltó casi siempre la ironía y la dificultad que fueron consustanciales a su libertad de ingenio a la hora de burlarse de las cosas humanas, según su propio principio de que «así como no hay nada más tonto que tratar en broma las cosas serias, tampoco lo hay más divertido que disertar sobre necesidades, de tal modo que a nadie le parezca que lo sean».

La oculta sentina de los vicios que removiera Juvenal, siempre tuvo sus adeptos entre la clase académica, que practicó su propia jerigonza en hablas juncianas, motes y chistes muchas veces difíciles de entender fuera de las aulas. En éstas, no sólo se pagaba con gallinas el trabajo de los que examinaban al doctorando, según costumbre documentada, entre otras, en la Universidad Sertoriana, sino que había asignación económica estatuida, como reza el *Formulario de los Grados* de la Universidad de Sevilla, conformado en 1643 a los usos salmantinos: «Al señor doctor maestro del vexamen veinte reales». Todo en la vida académica tenía su precio, pero se pagaría gustosamente como culminación de un ritual que también llevaba la laudatoria. «Su rato han de tener las burlas; todos los demás, las veras», dijo el autor de *El Discreto*, al que tanto herían las graciosidades sin donaire y la fisga posiza o la chanza a destiempo.

Pero no pidamos a los vejámenes lo que nunca pretendieron. Fijémonos tan sólo en lo que fueron: un arte de gracejear, en el grado de doctor (o *tordo*, que diría Góngora), hecho para cada ocasión y rescatado gracias a la escritura, que perpetúa incluso hasta los actos efímeros. Nacidos muchas veces sin placer ni mérito, vale decir, «sin grado ni gracias» (...no lo hubiera dicho mejor Sancho Panza), constituyen una fuente indispensable para completar el mapa de las burlas áureas, que hicieron befa del pudor, del linaje y de tantas otras marcas y pruebas de honor en su tiempo.

Éstas y otras reflexiones que pudieran añadirse son apenas el resultado de unas notas marginales a un libro que, sin duda, servirá a sus lectores no sólo con numerosos datos para el análisis literario o histórico, sino para el natural regocijo que sus textos procuran. Porque, a las veces, nos olvidamos de cómo Cervantes presumía de haber dado en el *Quijote* pasatiempo, incluso despreciando los alcances de un término que, sin embargo, llevaba en la nuez la utilidad que da el deleite, sobre todo si se trata de arte o literatura, lo que no es poco.

AURORA EGIDO